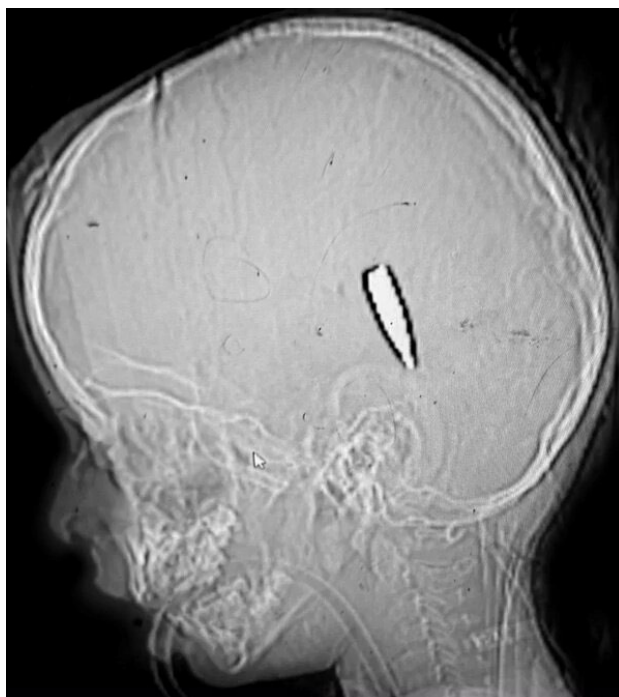


¿Qué nos dicen las heridas?



Mira 4 años de edad

Imagen: Mimi Syed

Los médicos de Gaza observaron un patrón inquietante: niños con una única herida de bala en la cabeza o el pecho, un indicio de que habían sido blanco de ataques deliberados. Así se desprende de una investigación de *De Volkskrant*, que habló con los médicos, que se encuentran entre los últimos testigos presenciales internacionales.

Por Door [Maud Effting](#) en [Willem Feenstra](#)

13 de septiembre de 2025, 05:00

Lee este artículo en [neerlandés](#)

Esta noticia contiene **imágenes perturbadoras**

Conclusiones principales

- Quince médicos internacionales contaron a *de Volkskrant* que, mientras trabajaban en hospitales de Gaza, vieron a niños de 15 años o menos con heridas de bala en la cabeza o el pecho. Según el recuento más conservador, entre todos atendieron a 114 niños con este tipo de heridas, la mayoría de los cuales han fallecido.
- Los testigos presenciales les dijeron a los médicos que las balas procedían, en su mayoría, de francotiradores del ejército israelí (IDF) o de drones.
- Según el excomandante de las fuerzas terrestres holandesas, Mart de Kruif, la probabilidad de que se tratara de impactos accidentales es insignificante, ya que los médicos describen más de un centenar de casos.

- Nueve médicos contaron a *de Volkskrant* que habían visto heridas que podrían haber sido causadas por las polémicas armas de fragmentación.
- El ejército israelí se niega a responder a preguntas sobre los disparos contra niños y afirma que ni posee ni utiliza armas de fragmentación.
- Al final de la página, puedes leer más sobre cómo se elaboró este artículo.

Hace un calor sofocante cuando el médico estadounidense Feroze Sidhwa entra en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Europeo de Gaza. En los alrededores del hospital, el aire huele a aguas residuales y a restos de explosivos. En el interior huele a podredumbre. Y a cadáveres.

Sidhwa es un cirujano traumatólogo y médico de cuidados intensivos de 43 años, originario de California, que trabaja en un hospital de Stockton. Entre sus colegas goza de gran prestigio, no solo por su experiencia clínica, sino también por su labor internacional. Nunca se toma más de una semana de descanso, a menos que sea para una misión humanitaria. Ha trabajado en zonas de crisis como Zimbabue y Haití, y ha formado a cirujanos en Ucrania y Burkina Faso. Quiere ir donde más se le necesita.



El doctor Feroze Sidhwa, cirujano traumatólogo y médico de cuidados intensivos.

Es marzo de 2024 y este es su primer día. Una enfermera palestina le está guiando por el hospital. De repente, su mirada se posa en dos niños pequeños que yacen completamente inmóviles en sus camas. Calcula que no parecen tener más de ocho o diez años. Tienen la cabeza envuelta en vendajes. Están conectados a respiradores. El resto de sus cuerpos está intacto.

«¿Qué ha pasado?», pregunta.

La enfermera apenas habla inglés. Pero señala sus cabezas. «Disparos, disparos», dice.

Al principio, Sidhwa supone que se ha equivocado. *¿Están disparando a niños?* Minutos más tarde, al mirar las imágenes de las pruebas, ve que tenía razón.

Al entrar en una segunda sala, se encuentran con otros dos niños, en el mismo estado.

«Pensé: ¿qué demonios?», cuenta por teléfono a *De Volkskrant*, con su voz grave y firme. «¿Cómo es posible que, en este pequeño hospital, haya cuatro niños ingresados con heridas de bala en la cabeza, todos ellos ingresados en las últimas 48 horas?»

Los cuatro niños se están muriendo lentamente. Esa noche, Sidhwa toma nota en el diario de su teléfono. Pero no hay tiempo para reflexionar. Todavía no.

En los trece días siguientes, atiende a otros nueve niños con heridas de bala aisladas en la cabeza o el pecho —niños a los que probablemente dispararon a propósito—. «Empecé a preguntarme si mi hospital estaba cerca de algún francotirador loco», dice Sidhwa. «O de un equipo de drones que mataba a niños solo por diversión».

De vuelta a casa, en un congreso médico, Sidhwa se encuentra con un colega estadounidense que había trabajado en otro hospital de Gaza justo antes que él. Cuando Sidhwa saca a colación el tema de los niños, el hombre asiente con la cabeza. «Para mi sorpresa, me dijo: “Sí, yo también lo vi... casi todos los días”».

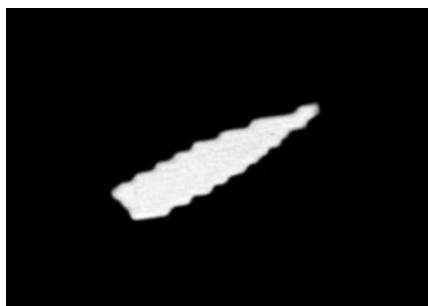
El médico en cuestión, Thaer Ahmad, confirmó este relato a **de Volkskrant**.

«Ese fue el momento», dice Sidhwa, «en el que decidí: tengo que averiguar qué está pasando realmente aquí».



Una niña de seis o siete años con una herida de bala en la cabeza.

Foto: Mimi Syed



Los últimos testigos

Feroze Sidhwa no es el único médico que, tras regresar de Gaza, se siente obligado a alzar la voz.

Durante casi dos años, médicos como él han sido testigos, desde sus quirófanos, de la brutalidad del ataque israelí contra Gaza. Han aprendido a sostener en brazos a niños pequeños moribundos mientras se ahogan con su propia sangre, porque no hay respiradores. Han encontrado la fuerza para clavar un bisturí en el pecho de un adolescente sin anestesia — porque no hay tiempo y ya hay otro paciente esperando—. Se han adaptado para seguir trabajando mientras el suelo a sus pies se llena de cuerpos de niños.





Fotos: Feroze Sidhwa y Mark Perlmutter

Algunos médicos se han quedado consternados. Pero otros han decidido alzar la voz.

Estos médicos se encuentran entre los últimos testigos presenciales internacionales, ya que Israel no permite la entrada de periodistas extranjeros en Gaza.

Pueden hablar desde su experiencia de primera mano sobre las consecuencias de la violencia genocida, que, con la destrucción de la ciudad de Gaza, ha entrado en su siguiente fase, sumida en la más absoluta oscuridad.

Ese papel conlleva un grave dilema. Casi todos ellos quieren volver a Gaza. Pero hacer público lo que han visto aumenta el riesgo de que Israel les niegue la reentrada. Según las Naciones Unidas, desde marzo de 2025 se ha denegado la entrada a más de cien trabajadores sanitarios extranjeros, a menudo sin ninguna explicación oficial.

Muchos médicos han acabado aceptando esta amenaza. Guardar silencio no es una opción.

En los últimos meses, **de Volkskrant** ha hablado con diecisiete médicos y una enfermera procedentes de Estados Unidos, el Reino Unido, Australia, Canadá y los Países Bajos. Desde octubre de 2023, han trabajado en seis hospitales y cuatro clínicas de toda Gaza, a los que a menudo han regresado una o incluso dos veces. La mayoría de ellos cuenta con una amplia experiencia trabajando en zonas de crisis como Sudán, Afganistán, Siria, Bosnia y Herzegovina, Ruanda y Ucrania.



MARK PERLMUTTER



MIMI SYED



NIZAM MAMODE



VICTORIA ROSE



FEROZE SIDHWA



SARMAD TAMIMI



Justo antes de la frontera con Gaza.

Foto: Feroze Sidhwa

No fue hasta que atravesaba Gaza en vehículos blindados junto con más de treinta personas del convoy de la ONU cuando se dio cuenta de la realidad. «Las puertas estaban cerradas con llave», cuenta. «Nos dieron instrucciones: cuando salgáis, no las abráis; si el ejército israelí os dispara y os ordena salir, no salgáis del vehículo».

«Intentad que no os maten», les dijo el jefe del convoy.

«Dos semanas después, Israel disparó contra esos mismos vehículos», cuenta Mamode.

Justo antes de eso, en un puesto de control, unos hombres con uniformes negros registraron su equipaje. En Gaza hay escasez de casi todos los suministros médicos. Por eso los médicos llevan consigo artículos básicos. Pero a menudo les quitan todo, incluso la leche de fórmula para bebés. Ha ocurrido en múltiples misiones, según contaron los médicos *a *de Volkskrant**.

El cirujano plástico británico Sarmad Tamimi, que cruzó a Gaza el 24 de junio de este año, ya había sido advertido por sus colegas sobre las confiscaciones. Pero también era consciente de la hambruna que azota Gaza y de las devastadoras consecuencias para los bebés. «Saqué los suplementos nutricionales para bebés de sus cajas y solo metí el envoltorio de aluminio en mi equipaje», explica. «A los soldados les dije que los llevaba para mí».

La médica de urgencias estadounidense Mimi Syed logró pasar de contrabando dos laringoscopios bajo la ropa, instrumentos indispensables para intubar a los pacientes. «Tenía miedo», admite. «Pero, como médica, los necesito para salvar vidas. Normalmente, un laringoscopio se desecha tras un solo uso. En Gaza, lo utilicé con al menos cincuenta pacientes. Tuve que limpiarlo y volver a utilizarlo con diferentes pacientes».



A este niño le dispararon en la cabeza. Intenté salvarlo. Pero murió poco después de intubarlo. Murió justo delante de mí.

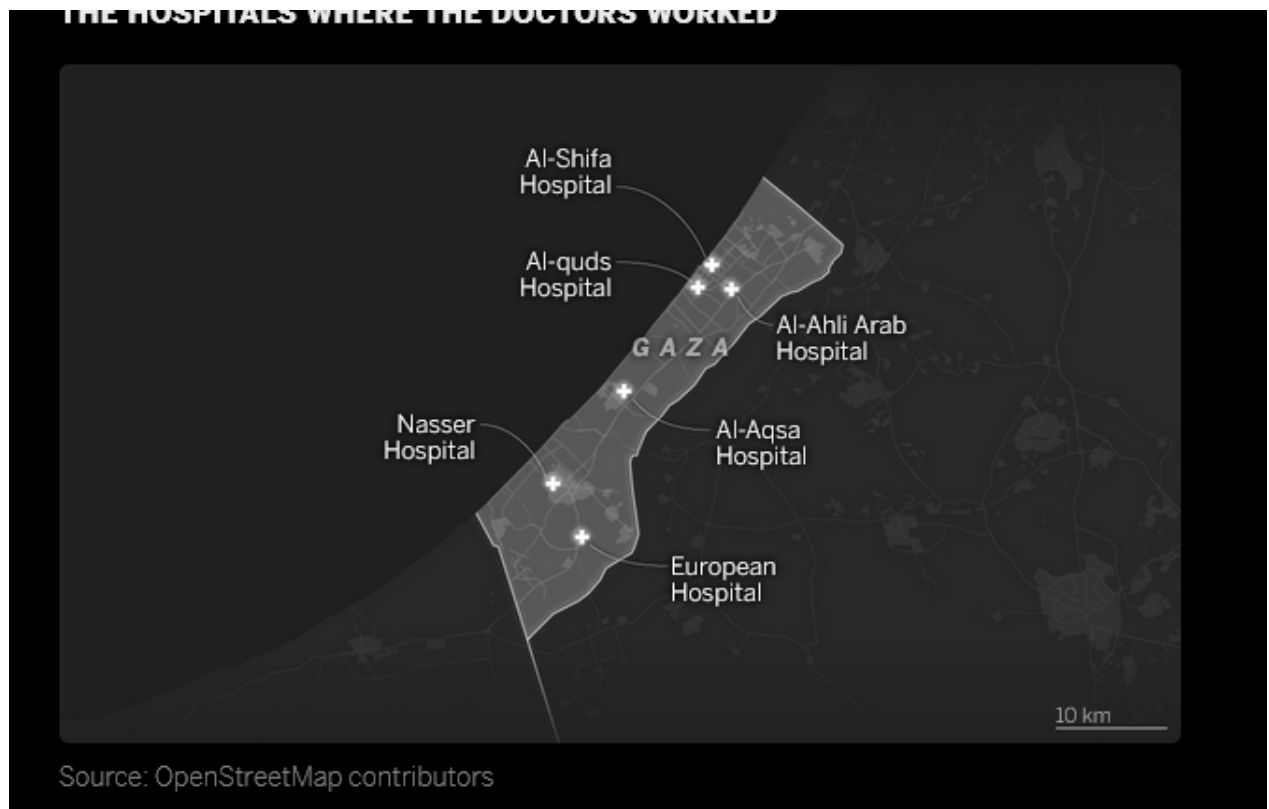
Dra. Mimi Syed, médica de urgencias.

«No entiendo por qué se confisca la comida para bebés a los médicos que cruzan la frontera», afirma la cirujana plástica británica Victoria Rose. «No entiendo por qué se confiscan los medicamentos de los médicos. No entiendo por qué se niega la entrada a la mitad de los médicos. Hay tantas cosas que no entiendo».

En respuesta, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) afirmaron que las afirmaciones sobre la confiscación de leche de fórmula para bebés son «totalmente incorrectas». El ejército declaró que, de hecho, estaba trabajando para facilitar la entrada de ayuda humanitaria. Según las FDI, desde el 19 de mayo de 2025, «se han trasladado a la Franja de Gaza aproximadamente 5 000 toneladas solo de leche de fórmula para bebés, además de grandes cantidades de otra ayuda humanitaria».

Los médicos entrevistados por **De Volkskrant** trabajaron durante toda la guerra en diversos hospitales y clínicas de campaña, entre ellos el Nasser, el Al-Aqsa, el Hospital Europeo y el Al-Shifa. Algunos colaboraron con Médicos Sin Fronteras y con organizaciones que pidieron no ser identificadas, por temor a que su identificación pudiera impedirles continuar con su labor. Entre ellos se encuentran cirujanos generales, cirujanos ortopédicos, especialistas en cuidados intensivos, cirujanos plásticos, cirujanos traumatólogos y médicos de urgencias. Algunos de ellos aún se encontraban en Gaza en el momento de las entrevistas. El periódico también habló con una enfermera especializada en traumatología con experiencia en situaciones de guerra.

Los hospitales en los que trabajaban los médicos



Fuente: Colaboradores de OpenStreetMap

La situación en los hospitales de Gaza, muchos de los cuales han quedado prácticamente destruidos, es mucho peor de lo que los médicos habían previsto. «Tuve que amputarle la pierna a una mujer con unas tijeras», cuenta Syed, médico de urgencias. «Sin analgésicos. No me quedó otra opción».

En las salas se respira un fuerte olor a extremidades quemadas. «Oímos gritos constantemente», recuerda el doctor Salih el Saddy, de Róterdam. «En nuestro hospital teníamos anestésicos, pero no analgésicos. Los pacientes se despertaban tras las amputaciones con un dolor insoportable. No podíamos hacer nada por ellos».



A este niño tuvieron que practicarle una doble amputación. Le guardaron las pantorrillas en la caja que había junto a su cama.

El doctor Salih el Saddy.

En los quirófanos, el personal se afana por mantener a las moscas alejadas de los pacientes a los que se les ha abierto el tórax. Nizam Mamode observa cómo un compañero médico de la unidad de cuidados intensivos atiende a un niño cuyo respirador no funciona correctamente. Cuando le retira el tubo de la garganta, ve que está obstruido. «Lleno de gusanos», dice Mamode, «que salen de la garganta del niño».

Las máquinas de resonancia magnética y de diálisis, según los médicos, están inservibles, acribilladas a balazos. Algunos quirófanos han sido incendiados. Los cables de las máquinas de ecografía han sido cortados.



Fotos: Feroze Sidhwa

Hay poco tiempo para la reflexión. Sin embargo, a veces, sin previo aviso, se apodera de uno una sensación de incredulidad. Mamode lo experimentó mientras operaba a una niña de 8 años. «Se estaba desangrando, así que pedí una gasa abdominal para absorber el exceso de sangre y localizar la herida», recuerda.

Le dijeron que no había gasas.

«De repente, pensé en la ironía de la situación», dice. «Se supone que la palabra “gasa” proviene de Gaza, porque los habitantes de Gaza eran famosos por su lino. Así que allí estábamos, en la cuna de la gasa, y yo no podía conseguir ninguna. Tuve que sacar la sangre de su cuerpo con las manos».

El médico de urgencias Adil Husain grabó un mensaje de vídeo para su hija pequeña antes de partir, por si acaso no volvían a verse nunca más. Otros redactaron sus testamentos. Todos los médicos entrevistados por **de Volkskrant** sentían una fuerte necesidad intrínseca de ir.

«Soy cirujano. Quiero ir donde más se me necesita», afirma un médico que pronto regresará a Gaza y que prefiere permanecer en el anonimato por temor a las represalias de Israel. «Mi trabajo allí es importante. Es una señal para la gente de Gaza: no os hemos olvidado».

Los médicos internacionales suelen permanecer en Gaza entre dos y seis semanas; después, se les sustituye. Muchos de ellos duermen en el hospital y apenas salen de él durante semanas enteras. En el Hospital Nasser, unos quince cirujanos comparten una habitación en la cuarta planta, cerca de los quirófanos. Por la noche, la temperatura puede alcanzar los 38 grados.



Foto: Feroze Sidhwa

El cirujano Nizam Mamode buscaba alivio en la escalera de piedra junto a la sala. «Dormía en esas escaleras todas las noches, con la esperanza de que estuvieran a salvo de los drones», cuenta. El mes pasado, fue testigo de cómo la parte superior de esa misma escalera quedaba destruida por un ataque israelí —un ataque que atrajo la atención internacional porque había imágenes de vídeo que captaban el momento en que murieron trabajadores humanitarios y periodistas—.

La gran mayoría de las lesiones se deben a explosiones de bombas y proyectiles: la gente resulta afectada por las ondas de choque, el calor, la metralla y el derrumbe de edificios. Los fragmentos atraviesan las tiendas de campaña. Y los cuerpos de innumerables niños, que constituyen más del cuarenta por ciento de la población de Gaza.

«He visto a numerosos niños con materia cerebral al descubierto», afirma Jack Latour, enfermero de MSF. «Lo siento, sé que nadie quiere oír eso. Pero eso es lo que está ocurriendo aquí».

La primera vez que el cirujano Goher Rahbour se encontró en una situación con múltiples víctimas, vio a una niña de cinco años sin un pie. «Estaba en el suelo. La niña que tenía al lado también era muy pequeña. Le faltaba la pierna desde la rodilla. Luego llegó otra. Me quedé paralizado. Pensé: esto es un auténtico infierno».

Según las autoridades sanitarias de Gaza, hasta la fecha han fallecido más de 64 000 habitantes de Gaza, entre ellos casi 20 000 niños. Israel cuestiona la fiabilidad de estas cifras,

alegando que el ministerio está controlado por Hamás. Un grupo de investigadores internacionales concluyó en la revista médica The Lancet que las cifras de dicho ministerio, en realidad, [subestiman](#)



niños con heridas de bala

De entre todos los pacientes, hay un grupo que conmociona más a los médicos: los niños con heridas de bala en la cabeza o el pecho, y cuyos cuerpos, por lo demás, no presentan otras lesiones.

Una sola bala en estas zonas es un claro indicio de que el niño fue blanco de un ataque deliberado. Eso constituye un crimen de guerra. En otras zonas de conflicto, los médicos rara vez se encontraban con casos así.

El 14 de agosto de 2024, la doctora Mimi Syed escribe en su diario. Las frases son breves. Entrecortadas.

14 de agosto de 2024

Chica, de 7 años de edad. Herida de bala en el pecho. Muerta al llegar. Intenté salvarla. Formaba parte de un incidente con muchas víctimas. En el suelo, sin camas. Casi me resbalo en la sangre. No puedo comer desde hace dos días. No puedo tragar nada.

¿Volveré a ser normal otra vez?

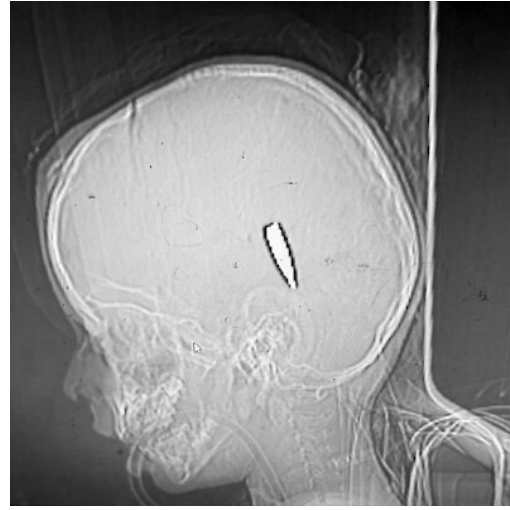
Dra. Mimi Syed

8/14/24 1800
7 y.o. ♀ GSW @ chest
DOA. Tried to save her
part of laser m.c.c. on
floor, no cots.
I almost slipped on blood
Feel like puking.
Can't eat for 2 days.
Can't swallow anything.
Will I be normal again?

Syed es una médica de urgencias estadounidense que pasó dos turnos de cuatro semanas en Gaza, trabajando en el Hospital Nasser de Khan Younis y en el Al Aqsa de Deir al-Balah. «Como la mayoría de la gente, seguía la guerra a través de retransmisiones en directo en mi móvil», afirma. «Pero ya no podía seguir así. Soy madre. No podía limitarme a mirar y no hacer nada».

Describe a Mira, una niña de cuatro años a la que atendió en el Nasser. Sus padres la llevaron al hospital. «Dijeron que le había disparado un cuadricóptero [dron armado, nota del editor] mientras caminaba por la zona humanitaria declarada por Israel. Mis compañeros me dijeron que la dejara morir. La valoración era, por desgracia, que no había mucho que pudiéramos hacer. Pero aún se movía un poco. Era muy pequeña. Una niña pequeña. Simplemente no podía apartar la mirada. Había algo en su rostro que me conmovió. Así que me arriesgué».

Syed intuba a la niña utilizando el laringoscopio que ella misma había introducido de contrabando. Momentos después, observa con incredulidad la tomografía de la cabeza de Mira: hay una bala alojada en su interior.



A Mira (4 años) le habían disparado en la cabeza.

Fotos: Mimi Syed

Con la ayuda de sus compañeros, Syed consigue mantener con vida a Mira. Más tarde, la niña se despertará y volverá a hablar: un pequeño milagro. Mucho más tarde, otro médico le extraerá la bala de la cabeza.

Pero Mira no es la única niña con una bala en la cabeza con la que se encuentra Syed. Decide hacerles fotos. «Pensé: tengo que documentar esto. Me di cuenta de que se trataba de crímenes de guerra». En condiciones de estrés extremo, fotografía a dieciocho niños que habían recibido disparos en la cabeza o en el pecho. Todos ellos fueron disparos únicos, afirma.

De Volkskrant preguntó a los médicos cuántos niños de 15 años o menos habían atendido con una única herida de bala en la cabeza y/o el pecho. La pregunta se limitó deliberadamente a este grupo de edad, ya que los niños de esa edad son, en la mayoría de los casos, visible y inequívocamente niños.



Una niña de 14 años recibió un disparo en la cabeza y quedó parcialmente paralizada.

Fotos: Mimi Syed

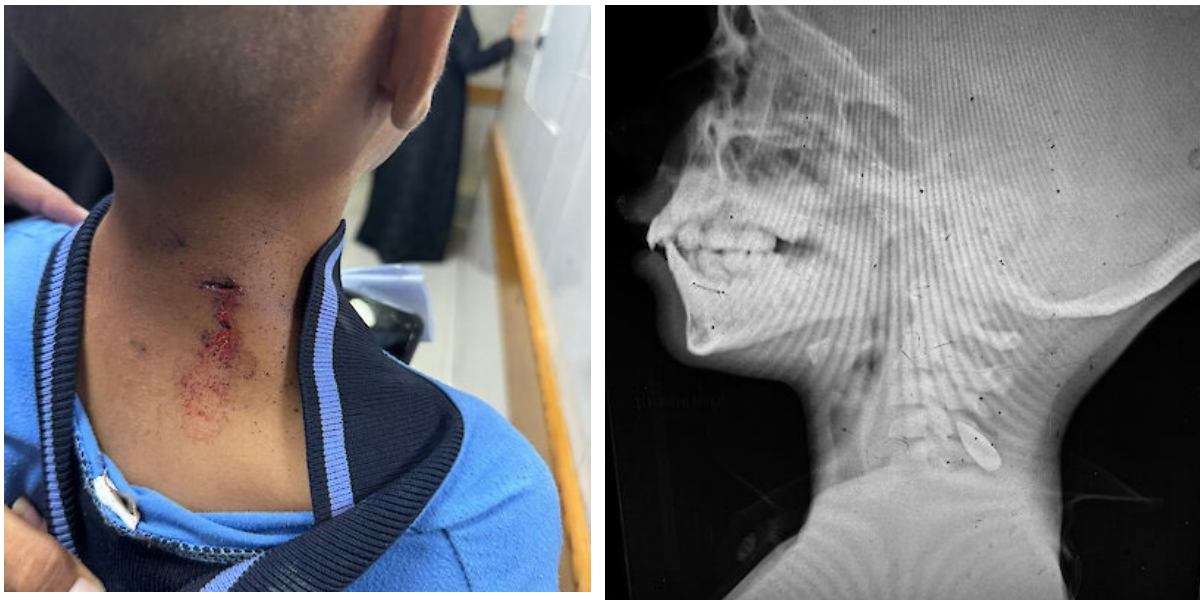
Quince de los diecisiete médicos afirmaron haber atendido a niños de 15 años o menos con este tipo de heridas de bala. En total, informaron de 114 niños, muchos de los cuales no sobrevivieron.

Algunos médicos tomaron fotos o hicieron anotaciones; otros se basaron en su memoria. A petición del periódico, proporcionaron las estimaciones más conservadoras posibles: se excluyeron todos los casos sobre los que no tenían certeza. Tampoco se incluyeron en el recuento los niños que también habían recibido disparos en otras partes del cuerpo, ya que esas lesiones ofrecen menos certeza de que se tratara de un ataque deliberado.

Los médicos sospechan que el número total de niños que recibieron disparos en la cabeza o el pecho es muchas veces superior al número de los que presenciaron personalmente. Según afirman, los niños que fallecieron en el acto a menudo ni siquiera llegaron a sus servicios. Además, los médicos no trabajaban en todos los hospitales de Gaza, y solo lo hicieron durante un periodo de tiempo limitado.

A petición del periódico, los médicos proporcionaron fotos y vídeos tomados por ellos mismos como prueba. En total, *De Volkskrant* revisó imágenes de decenas de niños con heridas de bala en la cabeza o el pecho. La mayoría de estas imágenes no se publicarán, ya que son demasiado explícitas.

De Volkskrant presentó a dos médicos forenses decenas de imágenes de niños con heridas de bala y diversas radiografías. Estos confirmaron que las lesiones fueron causadas por balas, no por metralla.



Según se informa, un niño (de 7 u 8 años) recibió un disparo mientras jugaba al aire libre.

Fotos: Mimi Syed

«Es muy probable que se trate de disparos a larga distancia dirigidos a la cabeza y/o al cuello con munición de uso militar», afirma el médico forense Wim Van de Voorde, catedrático emérito de la Universidad de Lovaina. Según Van de Voorde, las fotos no son de suficiente

calidad para extraer conclusiones legales —«lo cual es comprensible, dadas las circunstancias locales extremadamente difíciles»—.

El patólogo forense Frank van de Goot afirma: «En las radiografías veo cabezas de niños con balas incrustadas en su interior. Las balas deben de haber perdido mucha energía en el trayecto, ya que los niños tienen cráneos más delgados que los adultos; de lo contrario, las balas habrían atravesado el cráneo de parte a parte. Por lo tanto, a estos niños les dispararon desde una distancia considerable».

Este hallazgo concuerda con los testimonios de testigos presenciales, en los que los civiles contaron a los médicos que las balas solían ser disparadas por drones armados o por francotiradores del ejército israelí (IDF). Los francotiradores son capaces de apuntar a personas concretas desde largas distancias —a veces a más de mil metros—. El IDF se negó a responder a preguntas sobre francotiradores que dispararan a niños.

Según el excomandante del Ejército neerlandés, Mart de Kruif, la probabilidad de que se trate de impactos accidentales es prácticamente nula, dado que los médicos describen más de un centenar de casos de este tipo. «Basta con pensar en lo pequeña que es la cabeza en comparación con el resto del cuerpo», afirma. «Si se observa un elevado número de heridas de bala en la zona del pecho y la cabeza, eso no es daño colateral, sino que se trata de ataques deliberados».

El primer ministro israelí, Netanyahu, y los mandos militares han negado sistemáticamente que los soldados disparen deliberadamente contra civiles palestinos. Sin embargo, soldados anónimos han admitido en repetidas ocasiones en el periódico israelí Haaretz que esto sí ocurre. Breaking the Silence, una organización israelí de veteranos militares, también reveló —basándose en cientos de entrevistas con soldados— que se les ordenó disparar a cualquiera que entrara en una zona determinada. «Adulto, hombre: matar», afirma un capitán en el informe de investigación [The Perimeter](#).

El primer ministro israelí, Netanyahu, y los mandos militares han negado sistemáticamente que los soldados apunten deliberadamente a civiles palestinos. Sin embargo, soldados anónimos han admitido lo contrario en repetidas ocasiones en el periódico israelí Haaretz.

En agosto, la BBC publicó las conclusiones de una investigación sobre más de 160 niños que recibieron disparos en Gaza. En 95 de esos casos, la bala impactó en la cabeza o el pecho. La BBC habló con testigos presenciales en 59 casos. En 57 de ellos, el disparo se atribuyó al ejército israelí. Solo en dos casos se afirmó que la bala procedía de fuego palestino.

La mayoría de los médicos entrevistados por De Volkskrant afirmaron que les hubiera gustado recabar más pruebas a posteriori, pero que, en medio del caos de Gaza, eso simplemente no fue posible. O no se atrevieron a intentarlo. El cirujano ortopédico Mark Perlmutter (69), que ha llevado a cabo cuarenta misiones humanitarias, declaró: «Ojalá hubiera tenido la presencia de ánimo para documentar más».

«Es lo que más lamento», añade la anestesista y intensivista estadounidense Ahlia Kattan. «Pero estaba atendiendo a pacientes. En ese momento, simplemente no era mi prioridad. Ojalá alguien me hubiera dicho de antemano que no solo debía actuar como médica, sino también como periodista».

«De antemano, las ONG nos dijeron: no documentéis nada, no toméis notas, no hagáis fotos», explica Feroze Sidhwa. «Les aterra que Israel les prohíba entonces la entrada a Gaza».

Pero sus recuerdos de los niños son a veces sorprendentemente detallados.

«Durante un incidente con numerosas víctimas, caminaba por el servicio de urgencias», recuerda Perlmutter. «Había niños por todas partes. Los iba dando la vuelta, intentando ver a quién podía ayudar aún. Y entonces vi a esos dos niños pequeños. Estaban muertos. A ambos les habían disparado: en el pecho y en la cabeza. Tenían seis o siete años. Los examiné. Le pedí al auxiliar médico que hiciera fotos». Este periódico tiene en su poder esas fotos.

Perlmutter recuerda haber oído gritar al hombre que trajo a uno de los niños. «No podía entender por qué el tirador había disparado *a este niño* y no a él, el adulto». Momentos después, ve al hombre, probablemente el padre del niño, sollozando. El hombre está sentado en el suelo, en estado de shock, mientras se llevan al niño al depósito de cadáveres. Perlmutter saca su iPhone y hace una foto.



Un hombre llora tras la muerte de un niño (de 6 o 7 años) que recibió disparos en el pecho y la cabeza.

Foto: Mark Perlmutter

La anestesista y intensivista Ahlia Kattan cuenta la historia de una niña pequeña que trajo su madre:

«Ni siquiera tenía dos años», dice. «Estaba muy pálida y tenía un aspecto perfecto, así que supuse que tenía una hemorragia interna.

«Estaba muerta. Pero su madre gritaba, con unos llantos desgarradores. Llevaba años y años intentando tener un hijo. Así que empezamos la reanimación cardiopulmonar y la intubé. Quería demostrarle a la madre que había hecho todo lo que podía. A menudo hacemos eso con niños muy pequeños. Mientras yo la atendía, alguien me pasó la tomografía. Y entonces lo vi: una bala en la cabeza. Vi la sangre. Un disparo perfecto en la sien».

«Hice una foto desde los pies de la cama», cuenta Kattan. «Es una de las pocas fotos que hice en Gaza. Pero me quedé tan sorprendida que pensé: si no, nadie me va a creer».



Foto: Ahlia Kattan

Cuanto más tiempo permanecen los médicos en Gaza, más se dan cuenta de que no se trata de incidentes aislados, sino de un problema sistémico. Esas balas se dispararon deliberadamente.



Investigación del New York Times

Feroze Sidhwa llegó a la misma conclusión en otoño de 2024. Tras asistir a una conferencia en EE. UU., donde se enteró de que otro médico había observado lo mismo que él, inició una investigación en colaboración con The New York Times. Pidieron a 64 profesionales sanitarios estadounidenses que habían trabajado en Gaza que rellenaran un cuestionario.

Los resultados, publicados el 9 de octubre de 2024, son profundamente preocupantes. En el artículo titulado [«65 médicos, enfermeros y paramédicos: lo que vimos en Gaza»](#), 44 de los encuestados afirmaron haber visto a varios niños de 12 años o menos que habían recibido disparos en la cabeza o el pecho. 25 dijeron que habían visto a recién nacidos sanos regresar al hospital, solo para morir de deshidratación, inanición o infección. 52 afirmaron haber visto a niños pequeños con tendencias suicidas o que decían desear haber muerto.

En aquel momento, Joe Biden seguía siendo presidente de los Estados Unidos. Los médicos ya le habían expresado su preocupación en una carta abierta, alarmados por el elevado número de niños pequeños que fallecían. Pero Biden —atrapado entre opiniones opuestas dentro de su propio Partido Demócrata— no respondió.

① سجل أحوال المرضى ليوم: 20 / 4 / 6 م

رقم	الغذاء	رقم الغرفة	التشخيص	رقم التذكرة	اسم المريض	مسلسل
١		١	Explosive Injury	١٩٨٩٨٣	ناصر زهر	①
٢		٢	FD, skull *	٤١٥١٥٥٣	سلي حجازي	②
٣		٣	Bronchial Asthma	١٣٩٥٢٢	اشترار أبو دقة	③
٤		٤	Explosive Injury		محمد بركات	④
٥		٥	DKA		مصطفى الفراء	⑤
٦		٦	Explosive injury		ثابت عبد القفور	⑥
٧		٧	Gunshant in the Head		مصطفى نوبع	⑦
٨		٨	HAV, Hepatic Encephalopathy		شفياء العطار	⑧
٩		٩	Post CPR		محمد زليخة	⑨
١٠		١٠	BBO, Rabdo		علاء الحار	⑩
١١		١١	post op abd. expl., sepsis		نبيلة أبو عامر	⑪

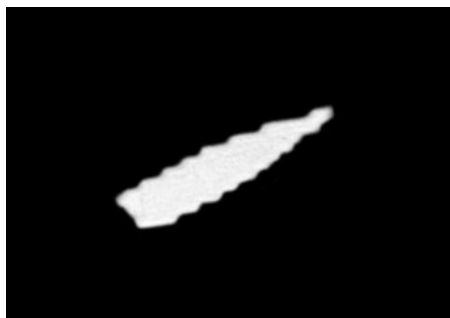
دخول
دخول
دخول

Lista de pacientes.

Foto: Feroze Sidhwa

Sidhwa esperaba que el artículo *del New York Times* cambiara esa situación. «Es extremadamente raro que 65 profesionales sanitarios estadounidenses se pronuncien de forma tan pública», afirmó. «Su trabajo consiste en centrarse en salvar vidas». El artículo fue leído millones de veces, según afirma.

Pero la publicación no desencadenó la oleada de indignación que Sidhwa había previsto. Tampoco supuso un cambio de rumbo político. «De hecho, la Administración Biden simplemente lo ignoró».



La gamificación de la guerra

Durante un breve instante, surge un atisbo de esperanza en Gaza, cuando se establece un alto el fuego de dos meses a principios de 2025. Pero en la madrugada del 18 de marzo, alrededor de las 2:30 de la madrugada, esa esperanza se hace añicos. Con ataques aéreos a gran escala, Israel inicia una fase intensificada de su campaña de destrucción —una fase que continúa hasta el día de hoy, marcada sobre todo por el asalto a gran escala contra la ciudad de Gaza—.

Los médicos ven cómo la situación en los hospitales se deteriora día a día. Los incidentes con un gran número de víctimas son cada vez más frecuentes —a veces se producen varios en un mismo día—. Muchos de los pacientes que llegan ya presentan cicatrices de bombardeos anteriores. La inanición está dejando gravemente debilitados tanto a los pacientes como al personal médico.

Los niños heridos que ya no tienen ni un solo familiar vivo pasan a formar parte de una clasificación médica oficial: WCNSF — Niño herido, sin familiares vivos.



Foto: Feroze Sidhwa

Feroze Sidhwa, en plena segunda misión, se despierta aquella noche cuando la puerta de los dormitorios salta por los aires. Israel ha roto el alto el fuego con una oleada de ataques aéreos a gran escala. En la oscuridad, los médicos permanecen aturridos y en silencio, con la mirada perdida durante casi un minuto. Escuchan cómo caen las bombas.

«Tenemos que bajar», dice uno de ellos.

En cuestión de horas, llegan cientos de pacientes. Sidhwa comienza su turno esa noche en el servicio de urgencias.

«Durante los primeros diez minutos no hicimos más que declarar la muerte de niños pequeños», cuenta.

«Y lo peor de todo es que no lo estaban. La mayoría de ellos, en realidad, aún no estaban muertos. Sus corazones seguían latiendo. Pero los cogíamos en brazos y se los entregábamos a un familiar. No hablo árabe, pero había una palabra que llegué a aprender: *khalas*; significa “basta”. Teníamos que tomar decisiones para poder atender a otros. Eso significaba que había que llevarlos a otra parte del hospital... para que murieran allí».



Foto: Feroze Sidhwa

Mark Perlmutter se encontraba en el Hospital Al-Aqsa esa misma noche y vio a un niño pequeño tirado en el suelo. Cubierto de pies a cabeza de polvo gris.

«Estaba tendido en un charco de su propia sangre. Le faltaba una pierna. Intenté pasar de largo. De repente, levantó la mano y me agarró el pantalón por la pierna. No podía hablar, pero me miró directamente a los ojos. Vi cómo el charco a su alrededor se hacía cada vez más grande. Tuve que apartar la pierna de él para poder ayudar a otro niño».

Por teléfono, empieza a llorar. «Tuve que pasar por encima de él», dice. No ha podido quitarse a ese niño de la cabeza.

Durante los incidentes con múltiples víctimas, los médicos se ven desbordados por pacientes gravemente heridos, lo que dificulta mantener una visión general de la situación. Sin embargo, en medio del caos, hay dos patrones que siguen llamando la atención de los médicos, patrones que podrían apuntar a crímenes de guerra cometidos por Israel. Encuentran

pruebas que sugieren el uso de armas muy controvertidas y indicios de la «gamificación» de la guerra.

Entre las numerosas personas con mutilaciones y quemaduras, los médicos observan que llegan pacientes con heridas leves que, sin embargo, se encuentran en muy mal estado.

Resulta que han sido alcanzados por diminutos fragmentos de metal, con forma de cubos o cilindros. Estas piezas son tan pequeñas —de apenas unos milímetros— que a veces los médicos ni siquiera pueden encontrar una herida de entrada o de salida. Pero en el interior del cuerpo causan lo que los médicos describen como «daños horribles»: perforan órganos y alcanzan nervios y vasos sanguíneos. Como resultado, los pacientes sufren hemorragias internas mortales o se ven obligados a someterse a amputaciones importantes.



Niño fallecido con pequeñas heridas. Según el médico, fue alcanzado por fragmentos de metal.

Foto: Mimi Syed

Según Thaer Ahmad, médico de urgencias de Chicago, las heridas de entrada son tan sutiles que a algunos pacientes se les envió inicialmente a casa. «Algunos regresaron con el abdomen lleno de sangre. Uno de ellos falleció mientras esperaba a ser operado».

Nueve médicos declararon a *De Volkskrant* que se habían encontrado con estos fragmentos de forma cúbica o cilíndrica en pacientes. Algunos compartieron con el periódico fotos y vídeos de estos pacientes alcanzados por los fragmentos.

Anteriormente, expertos en armamento citados por el periódico británico The Guardian [afirmaron que las lesiones son compatibles con armas de fragmentación de fabricación israelí](#)

—explosivos que contienen grandes cantidades de pequeñas partículas metálicas con forma de cubo—.

Mark Perlmutter, vicepresidente del Colegio Internacional de Cirujanos, afirma que se ha encontrado con estos fragmentos con frecuencia. «He operado al menos a diez personas que los tenían». Afirma que sacó de contrabando dos fragmentos metálicos de Gaza en su equipaje. «Los entregué a la Corte Penal Internacional».

Según Perlmutter, los fragmentos están hechos de tungsteno.



Esta niña fue alcanzada por fragmentos metálicos, posiblemente procedentes de armas de fragmentación. El metal le entró por debajo de la nariz y le atravesó la cabeza. No sobrevivió.

Mark Perlmutter

El tungsteno es un metal extremadamente duro, casi el doble de pesado que el acero. Por ello, puede causar daños considerables al dispersarse tras una explosión. Su uso en zonas densamente pobladas como Gaza es muy controvertido, ya que está diseñado para causar el máximo número de víctimas y no distingue entre civiles y combatientes. Amnistía Internacional lleva mucho tiempo acusando a Israel de utilizar este tipo de armas en Gaza.



Foto: Mimi Syed

Según las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), la afirmación de que Israel utiliza armas que causan heridas por fragmentación es «una falsedad flagrante». «Las FDI no poseen ni despliegan ningún tipo de arma de este tipo. Esta afirmación carece de fundamento y constituye una distorsión deliberada de la realidad».

Desde principios de marzo, Israel ha bloqueado por completo la ayuda a Gaza. Dos meses después, casi todos los suministros de la zona se han agotado y cada vez mueren más personas a causa de la inanición sistemática. Las críticas internacionales contra Israel no dejan de aumentar.

En respuesta, a partir de finales de mayo, Israel abrió cuatro polémicos puntos de distribución de alimentos en Gaza, a los que los palestinos deben desplazarse para recibir ayuda. Desde el primer momento, estos lugares resultaron ser mortíferos. Se disparó al azar contra civiles que esperaban en la cola.

Los soldados incluso lo admitieron en el periódico israelí *Haaretz*: siguiendo órdenes de sus comandantes, dispararon contra grupos de civiles que no representaban ninguna amenaza. [«Es un campo de muerte»](#), dijo un soldado. «Nuestra forma de comunicación son los disparos». Según él, los civiles «saben» que pueden acercarse al punto de distribución de alimentos una vez que cesan los disparos. Otro soldado comentó que, entre ellos, se refieren a esto como un conocido juego infantil llamado «Pescado salado» [Luz roja, luz verde, nota del editor], en el que los niños intentan acercarse al jugador que «la lleva» sin que les pillen moviéndose.



Una bala atravesó la pierna de un niño. Hubo que amputarle la pierna.

Foto: Mark Perlmutter

Cada vez que se abre un punto de distribución de alimentos, los médicos de los hospitales atienden a decenas de civiles que llegan con heridas de bala. La mayoría son chicos: adolescentes y jóvenes adultos. Los traen en grandes grupos a la vez en carretas tiradas por burros. Algunos aún llevan bolsas de comida vacías.

Varios médicos observan un patrón en las lesiones. La parte del cuerpo atacada varía cada día, como si se tratara de una acción coordinada, sugieren.

El cirujano británico Goher Rahbour afirma que vio en un solo día a cinco o seis pacientes a los que habían disparado en ambos brazos y ambas piernas, supuestamente por parte de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), según testigos presenciales. «¿Era por diversión?», se pregunta Rahbour. «¿Están los soldados jugando a algo?»

El reconocido cirujano británico especializado en esófago y estómago Nick Maynard, de la Universidad de Oxford, también vivió esta situación cuando tuvo que operar en rápida sucesión a cuatro personas que habían recibido disparos en el abdomen.

Maynard empezó a preguntar a otros médicos si habían observado lo mismo. «Todos los médicos con los que hablé en el Hospital Nasser lo reconocieron», afirma. «Un día, veían sobre todo heridas de bala en la cabeza y el cuello. Al día siguiente, en el pecho. Otro día, en las extremidades. Luego, en el abdomen. O incluso en los testículos. Un residente de urología me contó que en un solo día había atendido a cuatro chicos que habían recibido disparos en la ingle». Debido a las condiciones caóticas en Gaza, Maynard afirma que era imposible llevar un registro diario de qué partes del cuerpo recibían impactos —y con qué frecuencia—.

En el pasado, ha habido indicios de que los francotiradores israelíes experimentaban una sensación similar a la de un juego al disparar a determinadas partes del cuerpo. En 2020, francotiradores israelíes contaron de forma anónima al periódico Haaretz cómo intentaban batir «récores» [alcanzando el mayor número posible de rodillas en un solo día](#). Uno de ellos consiguió 42.

Las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) no responden de forma sustantiva a las preguntas sobre el patrón observado por los médicos. Según el ejército, es Hamás quien está «creando condiciones peligrosas para la población civil».

Sin embargo, los médicos siguen dando a conocer diferentes testimonios.

A principios de agosto, el médico de urgencias estadounidense Adil Husain acaba de regresar del Hospital Nasser cuando se dirige a una multitud en Texas. Señala la ausencia de periodistas extranjeros en Gaza. «Así que nos corresponde a nosotros, los profesionales sanitarios que hemos estado allí», afirma, «dar testimonio». Dice que siente que es «nuestro deber hablar» en nombre de la población de Gaza. En dos semanas, cuenta, fue testigo de cientos de muertes en su servicio de urgencias.

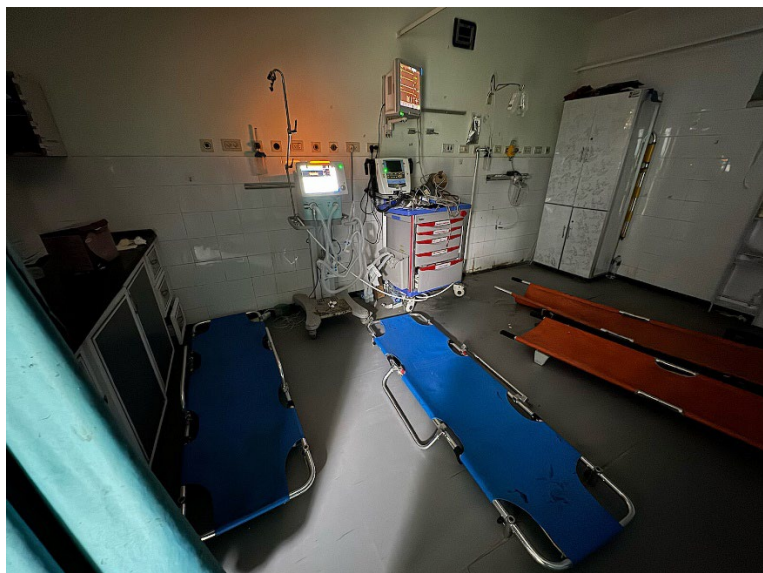


Foto: Feroze Sidhwa

Cuenta la historia de Ahmed, un niño de 10 años que regresó de un punto de distribución de alimentos con las bolsas vacías. «Lo trajeron a mi servicio de urgencias con heridas de bala en la cabeza, el cuello y el abdomen», explica Husain. Cuenta a **De Volkskrant** que le administró ketamina al niño en sus últimos momentos para aliviar su fallecimiento. «Lo abracé con fuerza. Y le susurré al oído: lo siento».

Los médicos que abandonan la región se sienten casi sin excepción consumidos por la culpa, porque ellos pueden marcharse, mientras que todos los demás se quedan atrás.

«Después de mi primera misión, seguí en contacto con mis colegas de Gaza y les preguntaba cómo estaban», cuenta Sarmad Tamimi, que regresó a finales de julio de su segundo despliegue. «Pero ya no puedo hacerlo. Porque tengo miedo de lo que puedan decirme».



Su deber moral

Es el 28 de mayo de 2025 y, en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, Sidhwa se dirige al Consejo de Seguridad. La invitación llegó en el último momento, lo que le obligó a cancelar todas sus citas con los pacientes del hospital de Stockton.

«No estoy aquí como responsable político ni como político», afirma Feroze Sidhwa, recorriendo con el dedo índice el texto del papel que tiene ante sí. «Soy un médico que da testimonio de la destrucción deliberada de un sistema sanitario, de los ataques contra mis propios colegas y de la aniquilación de un pueblo».

No vi ni atendí a ningún combatiente durante mis cinco semanas en Gaza.

Mis pacientes eran niños de seis años con metralla en el corazón...

...y balas en el cerebro.

Y mujeres embarazadas a las que les habían destrozado la pelvis,

...y cuyos fetos habían quedado partidos en dos mientras aún estaban en el útero.

Feroze Sidhwa, cirujano traumatólogo y médico de cuidados intensivos

[YouTube/VN](#)

Un mes y medio antes, Sidhwa había regresado de su segunda misión en Gaza. Ahora, vestido con un traje gris y una corbata verde, está aquí sentado, dando voz a cosas que desafían toda descripción. Parece sereno, concentrado.

«Mis pacientes eran niños de seis años con metralla en el corazón y balas en el cerebro. Y mujeres embarazadas cuya pelvis había quedado destrozada y cuyos fetos habían sido cortados en dos, aún en el útero».

De hecho, según contaría más tarde a **de Volkskrant**, su discurso original había sido «mucho más duro». Pero, siguiendo el consejo de un confidente de confianza, había suavizado sus palabras, para no alejarse demasiado de las convenciones diplomáticas.

Casi todos los médicos que hablaron con **de Volkskrant** describieron sentir la misma tensión que Sidhwa. Van a Gaza para ayudar: para tratar a los heridos, para salvar vidas. Pero cuando son testigos de la magnitud de la devastación, del número de civiles inocentes asesinados y de lo pocas vidas que realmente son capaces de salvar, se dan cuenta de que su tarea no termina cuando regresan a casa.

De ser profesionales sanitarios neutrales, se han convertido —a veces a regañadientes— en testigos públicos. Para poder contar a tantas personas como sea posible lo que han visto con sus propios ojos.

Es lo que le ocurre a Nizam Mamode cuando, en otoño de 2024, testifica ante una comisión parlamentaria británica. Durante la sesión, que se retransmite en directo, el cirujano de 63 años se derrumba.

Para esas 1,3 o 1,4 millones de personas... en esa zona verde
...y entonces bajaban los drones, y... ...los bombardeaban constantemente...
...día y noche
Y lo que me pareció especialmente inquietante...
fue que caía una bomba, quizá sobre una zona llena de gente,
con tiendas de campaña ...

Nizam Mamode, catedrático y cirujano especialista en trasplantes

Video: [UK Parliament](#)

Parlamento del Reino Unido

En medio de su relato sobre cómo los niños, tras un bombardeo, quedaban tendidos en el suelo —solo para ser tiroteados por drones armados, «esto ocurría día tras día tras día»—, Mamode se queda en silencio. Cierra los ojos. Le empieza a temblar el labio.

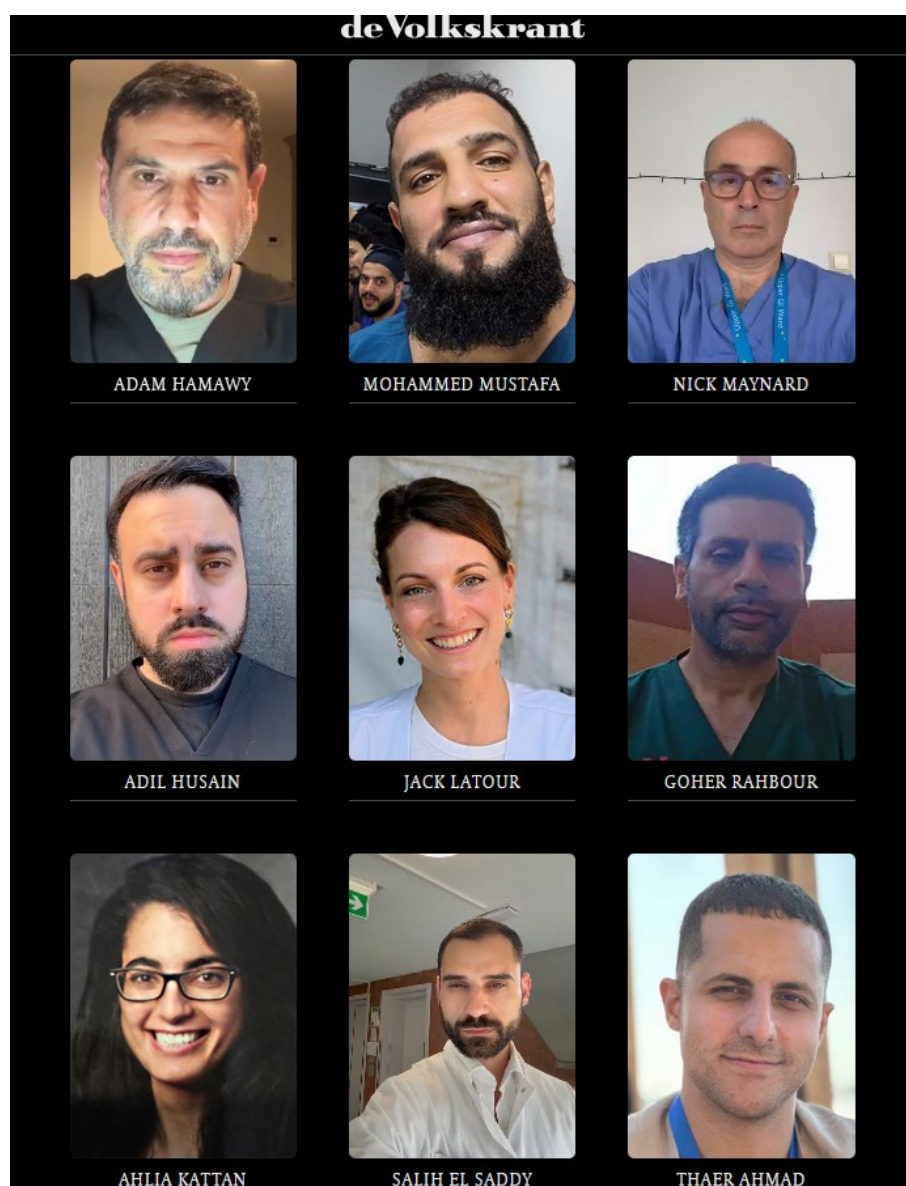
Su silencio lo rompe con delicadeza la presidenta de la comisión. «Lo comprendo...», dice, «porque no se puede dejar de ver lo que se ha visto».

Durante casi treinta años, Mamode fue miembro del Partido Laborista. Incluso hizo campaña a su favor durante las últimas elecciones. «Pero ahora he cortado mi carné y he dejado de ser miembro», le cuenta a **de Volkskrant**, «porque me avergüenzo de nuestro Gobierno

laborista. Creo que tienen la obligación moral de actuar, y no dan señales de hacerlo. Creo que algún día serán juzgados muy duramente por ello».

Es una carga que soportan casi todos los médicos: proceden de países que son aliados tradicionales de Israel. Países que —incluso tras escuchar sus testimonios de primera mano— no han actuado con la firmeza suficiente para hacer que Israel se detenga. Y, en el caso de Estados Unidos, siguen suministrando precisamente las armas que hacen posible el derramamiento de sangre.

En los hospitales de Gaza, los médicos intentan no pensar en ello. Pero a veces no pueden evitarlo.



Cuando Israel rompió el alto el fuego el 18 de marzo con una oleada de bombardeos, los pasillos del Hospital Nasser se llenaron rápidamente de cadáveres y heridos. «Recuerdo a una niña de cinco años», cuenta Feroze Sidhwa. «Se llamaba Sham. Fue la primera niña a la que pude salvar ese día. Estaba sentado a su lado en el suelo, intentando ayudarla a respirar. Un trozo de metralla le había atravesado el cerebro y yo no hacía más que mirar ese pequeño hilo de sangre que salía de él».

En medio del caos, con los gritos de los niños resonando a su alrededor, Sidhwa solo podía pensar en una cosa: «¿Había pagado yo por ese trozo de metralla? ¿Lo había pagado mi vecino? ¿O el vecino de él? ¿A qué estadounidense puedo enviar un correo electrónico para informarle de que se ha encontrado su granada?».

ACERCA DE ESTA HISTORIA

En los últimos meses, *el diario «De Volkskrant»* ha mantenido extensas entrevistas con 17 médicos internacionales y una enfermera sobre lo que presenciaron en Gaza. Siempre que ha sido posible, han respaldado sus testimonios con fotografías, radiografías, informes médicos y extractos de diarios. El periódico ha podido ver imágenes de decenas de niños con heridas de bala en la cabeza o el pecho.

ELABORADO POR

Texto: Maud Effting, Willem Feenstra

Imágenes: Judith Baas, Rowin Ubink

Diseño: Titus Knegt, Adriaan van der Ploeg

Gráficos: Eleanor Mohren

Datos: Erik Verwiel, Laurie Treffers

Edición final: Joyce Brekelmans

Coordinación: Corto Blommaert, Anne van Driel, Xander van Uffelen, Monique Wijnans